

Las naciones civilizadas tienen medios bastante más seguros de aumentar su poder, como son buenas leyes, é instituciones útiles, el comercio y la industria, que la guerra mata y que la paz vivifica. Rousseau apoya á Saint-Pierre y aprovecha la ocasion para decir duras verdades á los reyes. ¿Qué les importa la prosperidad de las naciones? Para desear la paz necesitan un interes más personal. Pues bien, dice el ciudadano de Ginebra, la paz es un cálculo excelente para gentes tan ávidas de dinero como los príncipes, porque podrán encerrar en sus arcas las sumas inmensas que cuesta la milicia. Será para ellos un verdadero Perú.

Los reyes pueden hacer otra objecion á la confederacion de Saint-Pierre. Si reclaman el derecho de guerra, es porque este recurso á la fuerza es la expresion más enérgica de su soberanía. Ahora bien en el proyecto de Saint-Pierre pierden su poder soberano, puesto que se los pone bajo la dependencia de una dieta. Escuchemos la respuesta del utopista, tal como la formula Rousseau: «Hay mucha diferencia entre depender de otro ó de un cuerpo de que se forma parte y del que cada cual es jefe á su vez; porque en este último caso no se hace más que asegurar su libertad con las garantías que se le dan; quedaria enajenada en manos de un señor, pero se robustece en las de los asociados. Esto se confirma con el ejemplo del cuerpo germánico; porque, aunque la soberanía de sus miembros padezca por varios conceptos por efecto de su constitucion, no hay, sin embargo, ni uno solo, por celoso que sea de su autoridad, que quisiera, aunque pudiera, procurarse una independencia absoluta, separándose del imperio.»

## IV.

La imposibilidad práctica del sistema de Saint-Pierre es lo único que ha sido criticado, y preciso es confesar que las ilusiones del buen abad se prestaban á la ironía. Federico escribe á Voltaire: «El abad de Saint-Pierre me ha enviado un buen trabajo acerca de la manera de restablecer la paz en Europa y de conservarla para siempre. La cosa es muy practicable; no hace falta, para conseguirlo, más que el consentimiento de la Europa y algunas otras friole-

ras por este estilo.» Es inútil insistir sobre este punto; es demasiado evidente que el utopista francés comprende el interes á la manera de los filósofos; pero, si los príncipes fueran filósofos, la paz quedaria asegurada sin necesidad de dieta. Lo que hubiera debido probar Saint-Pierre es que el interes tal como los príncipes lo entienden, debe inclinarles á formar una asociacion para evitar las guerras. Basta plantear la cuestion para ver que no tiene solucion. Los príncipes se han guiado siempre por su interes; y el interes, tal como ellos lo comprenden, ¿les ha inspirado alguna vez el proyecto de una paz perpétua? Escuchemos la respuesta de Rousseau: «Toda la ocupacion de los reyes, ó de los encargados de sus funciones, versa sobre dos solos puntos, ensanchar su dominacion en el exterior y hacerla más absoluta en el interior. Toda otra mira ó se relaciona con una de estas dos, ó no les sirve más que de pretexto: tales son las del *bien público*, *la felicidad de sus súbditos*, *la gloria de la nacion*.» Júzguese por estas máximas fundamentales, si los príncipes pueden firmar una paz perpétua. Lo que dice Federico II, lo piensan todos. En vano Saint-Pierre prueba que las conquistas cuestan más de lo que valen; esto no impidió que Federico invadiera la Silesia y luchase siete años con la Europa entera para conservarla. Mas en vano aún intenta el buen abad persuadir á los príncipes de que encontrarán gloria en ser pacíficos: ¿qué les importa la tranquilidad y la felicidad de sus súbditos? En fin, decir á los príncipes que deben someter sus contiendas á un tribunal superior, es decirles que lo mejor que pueden hacer es abdicar. ¿No se precian de no deber su poder más que á su espada? Si hacen mencion de Dios, dice el ciudadano de Ginebra, es porque Dios está en el cielo.

¿Quiere esto decir que el interes de los pueblos por la conservacion de la paz no acabará por iluminarlos? La cosa es evidente, y esta gran revolucion está ya medio realizada. Pero ¿qué ha sido necesario para esto? Que las sociedades se organicen de manera que el interes general domine en ellas sobre el interes particular de los príncipes, es decir, que el antiguo régimen ha tenido que ser reemplazado por el régimen inaugurado por la revolucion. Pero ¡cosa notable! En el proyecto del abad de Saint-Pierre, las revoluciones, aún las más legítimas, serian imposibles. En efecto,



inmoviliza los Estados, su constitucion interior y sus límites exteriores. Una de las grandes ventajas que promete á los príncipes, para aficionarlos á su proyecto, es que los asegura contra toda revolucion. Para mejorar el estado social, hubiese sido preciso, pues, que los príncipes tomasen la iniciativa de las reformas, es decir, que se despojasen á sí mismos de ese poder que dicen haber recibido de Dios y de su espada. Esto es el imposible de los imposibles. La utopia de Saint-Pierre, suponiendo que fuese realizable, hubiera perpetuado en Francia el régimen de las régias prostitutas; en Prusia, el régimen del sable; en Austria, la dominacion de una devocion estúpida. ¡Dios nos libre de semejante utopia!

Analizando la obra del buen abad, Rousseau se deja contagiar por sus errores. Considera la paz perpétua bajo el punto de vista de la caridad: «Voy á ver, exclama, al ménos en idea, que los hombres se unen y se aman; voy á pensar en una dulce y pacífica sociedad de hermanos, que viven en eterna concordia, felices todos con la felicidad comun.» El cuadro es seductor, pero presenta sombras y manchas. ¿Qué es de la libertad en esa sociedad pacífica? Sigue siendo lo que era en el momento en que los príncipes han firmado su alianza, especie de garantía mútua contra toda revolucion. ¿Qué es del derecho en esta sociedad fraternal? Es sacrificado á la paz, lo mismo que la libertad. Hombre de caridad, Saint-Pierre no tiene ni idea del derecho. Y, sin embargo, su confederacion tiene por objeto reemplazar el empleo de la fuerza por el de una justicia regular. Para que impere la justicia, es preciso ante todo que el derecho sea respetado. Ahora bien ¿cuál es la base de la confederacion? ¿La posesion tal cual resulte en el momento de celebrar la alianza, de los azares de la guerra y de la victoria? Luego empieza por consagrar el hecho brutal de la conquista. ¡Singular manera de inaugurar el reinado del derecho! Pero pasemos por este primer sacrificio, por más que sea inmenso. ¿Reinará al ménos el derecho en lo porvenir? No; la justicia de Saint-Pierre es una justicia política, todo lo subordina á la conservacion de la paz. Si ocurre una sucesion, la dieta habrá de examinar, no á quien corresponde segun los tratados, sino á quien debe adjudicarse para que no se rompa el equilibrio de po-

deres. Esto es el reinado del interes y no el de la justicia. Se dirá que es el interes general, el cual debe predominar sobre el particular. Es cierto miéntras no haya colision de intereses, pero no lo es en cuanto el interes general entre en colision con el derecho; si en este conflicto el interes domina sobre el derecho, ya no es posible hablar de justicia. Pues bien, esto es lo que hace Saint-Pierre. La base de su política es la famosa máxima de que la salvacion pública es la ley suprema. Si la salud pública requiere que un príncipe falte á su palabra, puede hacerlo y aún debe violar sus compromisos, porque siempre hay en todo lo que promete una restriccion mental, y es que las obligaciones que contraiga no sean contrarias á la salud pública (1).

El abad utopista no ha echado de ver que la máxima del interes general sobre la que construye todo su edificio lo arruina en sus fundamentos. ¿Qué es el interes en el fondo sino la fuerza, cuando se admite que toda consideracion de justicia debe ceder ante esta ley suprema? Federico II invadió la Silesia, fundándose en la misma ley con que Saint-Pierre quiere hacer la base de la paz. ¿Qué hubiera podido responder el abad al rey? ¿Le hubiera dicho que no entendía bien sus intereses? La salvacion pública es una cuestion de vida ó muerte, y en este debate el mejor juez es aquel cuya existencia está comprometida. La doctrina del interes conduce, pues, á legitimar el egoismo de los príncipes y á justificar todo lo que la ambicion les inspira. ¿Cómo ha de asegurar la paz semejante política? La Dieta de Saint-Pierre quita á un príncipe su derecho á una sucesion en nombre del interes general. Si este príncipe no quiere sufrir esta injusticia, si prefiere romper la alianza, ¿qué hará la Dieta? Le hará la guerra, responde el pacífico abad. Luégo hará la guerra para sostener una iniquidad en nombre del pretendido interes general. ¿Pero no podría replicar el príncipe despojado que el mayor de todos los intereses es el respeto del derecho? Sin embargo, preciso será que ceda en el sistema de la confederacion europea. De suerte que la fuerza, bajo el nombre de interes, triunfará de la justicia. ¡En

(1) SAINT-PIERRE, *Obras*, t. VIII, p. 121 y sig.



verdad no vale la pena de imaginar una utopía, para venir á parar á semejante resultado!

No queremos despedirnos en tan malos términos del abad de Saint-Pierre. Para hacerle justicia es preciso juzgarle como hombre de sentimiento y de caridad. Creó, ó al ménos rehabilitó, la palabra *beneficencia*, y mereció ser llamado *el hombre de bien*. Para él la religión se reducía á un solo artículo de *caridad bienhechora hácia todo el mundo por amor de Dios*. De aquí su tolerancia que hace feliz contraste en medio de las pasiones mezquinas que perturbaron la Iglesia en la primera mitad del siglo XVIII. A los que decían que se debía perseguir por celo de la verdad, respondía el buen abad que no se debía sostener la verdad á costa de la caridad; que los errores, siendo involuntarios, no hacían nunca daño á la sociedad, al paso que la persecución causaba un mal real, destruyendo la caridad. La caridad le inspiró también su aversión hácia los conquistadores; decía que aquellos héroes tan admirados eran la imágen de Satanás; puesto que, á imitación del príncipe de los demonios, procuraban ante todo ser temidos por su maldad y su poder (1). Saint-Pierre se atrevió á atacar al gran rey que llenó la Europa con su nombre, y que empobreció y desmoralizó la Francia. En su servilismo, la Academia excluyó al temerario escritor que había tenido el valor de decir la verdad. La posteridad, aunque sin participar de sus ilusiones, le agradecerá la honradez de sus intenciones. Y hasta realizará su sueño en los límites de lo posible; pero más exigente que el utopista, tendrá en cuenta la libertad y el derecho tanto como la caridad.

N.º 2.—*La idea de la paz perpétua.*

La idea de la paz perpétua es un sueño tan antiguo como el mundo. Lo hemos encontrado en la antigüedad, cuando imperaba sin rival la fuerza; no pudiendo esperar los hombres que se realizara nunca la paz sobre la tierra, la fingieron en la edad de oro ó en pueblos fabulosos. En la Edad Media podía creerse que la

(1) Véanse acerca de los sentimientos de caridad de SAINT-PIERRE, sus *Anales políticos*, t. II, 658, 637; t. I, p. 266.

palabra sacrílega de Hobbes era una verdad; era la guerra de todos contra todos. Sin embargo, en medio de aquel desbordamiento de violencia, un gran poeta concibió el proyecto de una monarquía universal que realizase en la tierra la justicia. La *monarquía* del Dante no es una concepción especial suya; era una consecuencia de la organización de la cristiandad, cuyo jefe, el emperador, tenía, como vicario temporal de Cristo, la misión de mantener el derecho en el universo cristiano. Al principio de la era moderna Enrique IV dió una nueva forma á estas esperanzas de paz que la humanidad no pierde nunca, á pesar de las guerras permanentes que la desolaban; reemplazó la idea del imperio por la idea de la asociación (1). El abad de Saint-Pierre dió su nombre á este proyecto de confederación europea. No alcanzó fortuna entre los príncipes, y en Francia mismo, según Voltaire, se hizo un poco ridículo por el exceso de sus buenas intenciones. Esto no impidió que la idea de la paz perpétua le sobreviviera. En el siglo XVIII hubo un inmenso movimiento de cosmopolitismo; filósofos y políticos predicaron á porfía que los pueblos son hermanos y sus intereses solidarios. Esto era propagar, bajo otras formas, las ilusiones del buen abad.

«¿Por qué, dice *Raynal*, la Europa entera no se ha de someter un día á la misma forma de gobierno que la Alemania? ¿Por qué no ha de haber la asamblea de la Europa, como hay la asamblea del imperio? ¿Por qué, componiendo los príncipes este tribunal, cuya autoridad sería aceptada por todos, y sostenida universalmente contra un solo rebelde, no se había de realizar el bello sueño del abad de Saint-Pierre?» En otra parte *Raynal* manifiesta el deseo de que se realice la paz, sin designar una organización particular de la Europa (2). Pensando en los futuros progresos de la humanidad, exclama: «¡No, no es posible que se eternice el arte

(1) Véanse los volúmenes precedentes de mis *Estudios*.

(2) «¡Oigan los señores del mundo la voz de la filosofía y de la razón! ¡Ojalá todos los soberanos, al cabo de tantos siglos de errores, prefieran la gloria virtuosa de hacer la felicidad de un pequeño número á la ambición frenética de dominar en regiones devastadas y en corazones destrozados! ¡Ojalá todos los hombres, llegando á ser hermanos, se acostumbren á mirar el universo como una sola familia, reunida bajo un padre común!»



infernál de los combates! El universo acabará por aborrecer á esos odiosos conquistadores que prefieren ser el terror de sus vecinos á ser los padres de sus súbditos..... Ya no se engañará á la humanidad acerca de los objetos de su admiración. Los azotes serán considerados como azotes.....»

No proseguiremos. *Raynal* mismo, después de haber expresado estas esperanzas filantrópicas, confiesa que son una ilusión; que las disputas de los príncipes serán interminables como sus pasiones, y que siempre se resolverán por medio de la espada. Los filósofos se movían dentro de un círculo vicioso. Por más que apelaban á la fraternidad de los pueblos, conocían que los reyes eran un obstáculo para que las naciones contrajeran su santa alianza. Pero por una singular contradicción, la mayor parte de ellos hacían poco aprecio de las masas; aristócratas por la inteligencia, celebraban el poder real y esperaban de él la iniciativa de esa revolución que todos presentían, y que muy pocos hubieran aceptado si hubieran asistido á sus terribles convulsiones. En semejante estado de los ánimos, la paz perpétua debía parecer un sueño, como dice *Raynal*. Casi en vísperas de la revolución, un escritor se puso á formular las esperanzas de toda especie que agitaban á la sociedad. *Mercier* hizo un cuadro de la Francia tal como había de estar constituida en el año 2440. Las cosas han cambiado mucho en algunos siglos. El abad de Saint-Pierre no es despreciado ya como un visionario. Sus ilusiones se han realizado. Los reyes, de comun acuerdo, han puesto límites á su imperio, límites que habían sido asignados por la naturaleza misma al separar los diversos Estados por medio de mares, bosques ó montañas. El tratado general ha sido dictado por los sabios de las naciones y aprobado por unanimidad. Las preocupaciones que separaban las naciones han desaparecido: «El Indio y el Chino, dice *Mercier*, han llegado á ser nuestros compatriotas. Acostumbramos á nuestros hijos á considerar el universo como una sola y misma familia, reunida á la vista del padre comun.»

Se dice que este cuadro corresponde al año 2440, y que todavía estamos muy lejos de aquella edad feliz. A fines del último siglo había infinitas esperanzas en las almas agitadas por el soplo de la revolución, pero se la imaginaban pacífica y benéfica á la ma-

nera de *Mercier*. Según los escritores, creíase estar en vísperas de la edad de oro. *Herder* no es un utopista: historiador filósofo, sabe que el progreso no se realiza sin lucha, y que siempre se realiza imperfectamente, puesto que tiene por órganos criaturas imperfectas. Pero *Herder* participa de los nobles sentimientos y elevadas aspiraciones del siglo XVIII, es el sacerdote y el profeta de la humanidad. Para él los sueños de Saint-Pierre no son sueños, precisamente porque son el sueño de un hombre honrado. Si el buen abad resucitase, dice el escritor alemán, vería que sus deseos han llegado á ser la aspiración de toda inteligencia un poco elevada (1). Esto no es una exageración. Encontramos las ideas de Saint-Pierre en los hombres más positivos, en los matemáticos y en los políticos.

Escuchemos á *Volney*: «Se establecerá de pueblo á pueblo un equilibrio de fuerzas que, conteniéndolos á todos en el respeto de sus derechos recíprocos, hará cesar sus bárbaros usos de guerra y someterá á procedimientos amistosos el fallo de sus contiendas; y la especie entera se convertirá en una gran sociedad, una misma familia, gobernada por un mismo espíritu y por leyes comunes.» El Americano *Payne* expresa las mismas esperanzas. Dice que el círculo de la civilización es incompleto, que se ha detenido en la reunión de hombres en sociedades particulares, pero que estas sociedades se hallan todavía entre sí en el estado de naturaleza, sin principios y sin leyes, haciendo cada una lo que puede y lo que quiere. El progreso no puede detenerse en esta semibarbarie. Y no se oponga la imposibilidad de asociar á los pueblos: «Si, dice *Payne*, hubiéramos podido ver al género humano en su primer estado de barbarie, de seguro hubiéramos dicho que era imposible hacerle llegar á este grado de civilización á que, sin embargo, ha llegado. Indudablemente debió ser tan difícil, por lo ménos, influir sobre el ánimo feroz de los primeros hombres, como lo sería hoy modificar el espíritu de las naciones: ahora bien, puesto que, á pesar de tantos obstáculos, el primero de estos cambios ha tenido lugar, ¿por qué hemos de desconfiar del otro?» (2).

(1) HERDER, *Briefe zur Beförderung der Humanität* I, núm. 41.

(2) PAYNE, *Carta sobre los asuntos de América*, dirigida al abate Raynal.



Estas esperanzas debieron parecer bien quiméricas cuando estalló la revolución. El gran movimiento que había de realizar los pacíficos deseos de la filosofía, precipitó á la Europa en una guerra universal. Sin embargo, los hombres imbuidos en las ideas del siglo XVIII no desesperaron; vieron, por el contrario, en el nuevo régimen motivos de esperanza. Dejamos la palabra á uno de los más nobles representantes de la filosofía y de la revolución. *Condorcet*, en vísperas de perecer víctima del terror, no abandonó la causa de toda su vida, como han hecho en nuestros días hombres de poca fe y de poco corazón; en el momento mismo en que la revolución pedía su cabeza, él celebró los progresos que aquella había de realizar: « Los pueblos recobran el derecho de disponer de sí mismos, de su sangre y de sus riquezas; poco á poco aprenderán á mirar la guerra como el azote más funesto, como el mayor de los crímenes. Primeramente desaparecerán aquellas á que arrastran á las naciones los usurpadores de su soberanía en demanda de pretendidos derechos hereditarios. Los pueblos sabrán que no pueden hacerse conquistadores sin perder su libertad. Poco á poco se disiparán las preocupaciones comerciales; el falso interés mercantil perderá el espantoso poder de ensangrentar la tierra y de arruinar las naciones so pretexto de enriquecerlas. Desaparecerán las causas que producen, envenenan y perpetúan los odios nacionales. Instituciones mejor combinadas que esos proyectos de paz perpétua que han ocupado los ocios y consolado el alma de algunos filósofos, acelerarán los progresos de esta fraternidad de las naciones; y las guerras entre los pueblos, á la manera que los asesinatos, se contarán en el número de esas atrocidades extraordinarias que humillan y sublevan la naturaleza.....»

Como se ve, la idea de la paz ha adelantado desde los escritos de Saint-Pierre; el buen abad se inspiraba únicamente en la caridad, olvidaba los derechos de los pueblos, olvidaba la libertad, y no tenía en cuenta las malas pasiones de los hombres. De aquí el ridículo que iba unido á sus proyectos. Las esperanzas de Condorcet tienen un carácter más grave, más serio; se conoce que el autor ha pasado por la revolución. No se dirige ya á los reyes, sino á los pueblos; si los príncipes, en su egoísmo, prefie-

ren la guerra á la paz y á sus beneficios, no sucederá lo mismo con las naciones. Condorcet, al morir, tiene acentos proféticos, cuando exclama que los pueblos no pueden hacerse conquistadores sin perder su libertad. La Francia ha pagado cara la comprobación de esta verdad; ¡aprovéchenla las naciones que desean ser libres! Otros muchos intereses favorecerán la paz. Hay una consideración que hubiéramos querido hallar en Condorcet, y es que, reemplazando al poder real el principio de nacionalidad, las guerras no tendrán ya razón de ser. El gérmen de esta idea fecunda existe en los sueños de *Mercier*. Dios mismo ha asignado á los pueblos un territorio limitado naturalmente como el cuerpo de cada individuo; éste es el instrumento y el teatro de su actividad. Cuando las naciones hayan conquistado su independencia, cuando los imperios artificiales y las creaciones arbitrarias de la antigua diplomacia hayan desaparecido, entonces se podrá hablar de paz perpétua. ¿Quiere esto decir que la guerra dejará de manchar la tierra? Condorcet, por muy alta idea que tuviese de la perfectibilidad humana, no lo espera. Las pasiones dominan á las sociedades, lo mismo que á los individuos. Aun suponiendo, lo cual es muy problemático, que se llegue á organizar una justicia internacional, sus fallos serán, ó podrán ser, una declaración de guerra. La lucha no cesará, pues, pero llegarán á ser imposibles, bajo la influencia de las naciones, las guerras impías que han manchado la era del poder real.